

I Concurso de Relatos Cortos Negro-Criminales 2007

LA ÚTIL OPORTUNIDAD DE LA LUZ

Frank Karlos apareció muerto en su sofá de estilo cangrejo y Naomi es ahora la responsable del fallo de medicina legal, y, junto al doctor Ortiz de Chambas, tiene ella que componer los documentos que se acuñan con un triángulo, la cara de un gato en tinta azul y desde la jefatura de la policía, les han dado la orden a ellos, sin más ni más, de declarar el suceso como un crimen de familia.

Una residencia en las inmediaciones de El Bosque de La Habana es la reproducción exacta de la casa de misterio de Proust, el gran Marcel. Esta es la zona solitaria de la ciudad, piensa Naomi, mira hacia todas partes, reconoce a Frank Karlos Barrientos en su muerte inalterable, es casi un espantapájaros; luego saca un espejito para mirarse el lunar en el atlas del cutis, mejora el colorete. Alcanza a maquillarse con el creyón y deja en la comisura de los labios la salamandra roja, entonces observa a través del ovalo del espejo ese techo tan lleno de dibujos de yeso, florones de caprichosa risas y las mejores roscas, las paredes de perfectas líneas, los muebles que por antiguos resultan de un estilo caro, el decorado de porcelana se extiende por el pasillo central hasta la biblioteca de fondo. Por todos los resquicios anda Naomi, husmeando por una arista o por otra, la perplejidad de la familia se convierte en un antojo de nervios y pañuelos, nada exagerado, nada ficticio o demasiado plañidero. Llega a la biblioteca por curiosidad e imagina lo que puede abarcar el tesoro del pastor de una

congregación, pero quisiera descubrir las partes oscuras de la personalidad de un difunto, mucho más si se trata del guía espiritual de una iglesia que todavía no ha fabricado a un asesino ni a un poeta.

Qué puede leer una persona predestinada a ese oficio y que abandonó su puesto en la Wester Union para salvar almas que no tienen oportunidad, que solo dan picotazos. Las temáticas pudieran ser las mismas en las encadenamientos de obras y forrar estanterías completas. A Naomi le llama la atención la presencia de Pablo en la biblioteca ante la repisa de libros de lomos en piel de tigre. No participa de la historia familiar, muy por el contrario muestra impasibilidad, demasiada introversión, procedimiento estoico tan peyorativo y destello de tanta serenidad que constituye el estorbo para todos.

Así gratis le hallaron el nombre de El Autista, apodo irreflexivo que ahora se convierte en fotografía, en blanco y negro. Pablo abre un comics en cualquier página y se entrega a la lectura de interminable catarsis. Ningún acontecimiento parece tener significación, el bisonte americano tiene en su psicología la certeza de ser una roca; estoy fuera de esta existencia, probablemente piensa. Nada lo estremece, sus emociones no desencadenan quemaduras, nunca llegan a ser gigantescas úlceras, sino que forman parte de un idioma de gentes distantes e ignoradas. No anda bien, es lo que dice todo el mundo. Su mente es un asco, unas veces libera ciertos amperajes que lo obligan a hablar incoherencias. Soy el hijo odiado de Frank Karlos y Sol Cecilia, oveja negra, ojiverde, ojiestrella, declara sin más ni más a esos cuatro vientos llenos de insidias y palomas. Hay disparates que se llegan a convertir en calumnias, objetaba el difunto. Pero es así de cierto compañera Naomi, no hay nada más venerado que el hijo inteligente aunque no siga el veredicto del evangelio y nada más aborrecible que otro lunático, se sabe que por su carácter, aunque lo desee firmemente, jamás alcanzará santidad. De pronto cerró el comics y agregó:

cuando traje a Linda Rosaura a esta casa por primera vez se desató el cataclismo. Frank Karlos ha sido siempre el Vargas Vila de muy buenos modales, de manera que había que interpretar el malestar detrás de esa risa, mucho más amble que un paraguas. Mira viejo, esta es mi novia, le dije, quizás mi temperamento esté lleno de susceptibilidades, pero noté que le faltaba un poco el aire, el rencor que siente por mí siempre me he empeñado en descubrirlo en su respiración trabajosa. Siente envidia, me dije. Entonces empecé a tocar en mi violín una mentira, una que de seguro había sido compuesta por Goethe o por Goya. La música me trae sosiego. Linda Rosaura posee la mente tan predestinada al fracaso como la mía, pero mi padre no podía evitar la acritud ante mis mejorías. Es hermosa, dijo, solo tiene un defecto, pertenece a una doctrina, siete leguas de la nuestra, cinco serían tolerables, sin embargo hay distancias que son líneas demasiado largas, *no os sometáis a yugo desigual*, recitó por último.

Es hermosa, me dije en un inicio. Hermosas pestañas. Perfectas tibias, tan nobles orejas que no oyen los aguaceros ni los truenos en forma de tarros. Muñeca mía. La boca es un bombillo púrpura, no la quise dejar de escapar. Pudiera ser la fascinación de un fotógrafo. Qué diez versos tan perfectamente decasílabos. Qué más puedo pedir, suerte del paraíso, niebla del riachuelo,

el

mismísimo

rostro

de

Sarita

Montiel

Linda Rosaura es de la iglesia de los adventistas, su templo radica en Mariano. Parece lunática, anda vestida de verdes triángulos, no precisamente como cristiana, parece mosca muerta, se me antoja que

podría ser la gata de María Ramos, semeja más que todo ser una americana de películas, y este comentario lo hacia mi madre sin palabras, con la muestra de la peor cara, con solo pasar las manos por el teclado del piano y sacar una música espantosa; se empeñaba en apagar la mía, asimismo la tengo siempre en contra. Mis decisiones son persistentemente los grandes obstáculos, muy por el contrario las determinaciones de Aramis reciben alabanzas, de igual modo las de Delio David. Son los hijos predilectos a pesar que van a la Iglesia Bautista de J del Quijote, que horror, la dirige una mujer, los yorubas afro antillanos se albergan en su patio y sus mafias se dejan reclutar por los oficiales de la Contrainteligencia.

Linda Rosaura es por casualidad una chiquilla enfermiza, los males que flotan en el infinito ella los respira en forma de bolas, en piel de leopardo; se queja de pésima digestión, sobre todo por lenta, de incorregibles corizas y de prolongadas migrañas que duraban más de un minuto, los dolores la tiraban al suelo. Su cara refleja el continuo padecimiento de la anemia mejicana, de ninguna manera luego me pareció tan hermosa, con el paso de los días siento que otra vez ando al garete. En un inicio yo estaba ciego, su sola aparición me dejaba sin habla, me curaba el hambre, ahora, muy por el contrario, la veo demasiado alta, delgadez exorbitante, la mejilla con acné y justamente se asemeja a la vampiresa, a un maniquí

a la esposa

de

Maiakovsky,

mala alfarería,

por la curvatura de la nariz, por los pechos tan poco decisivos, su risa es algo abominable y fui hasta su corazón, allí no hay nadie. (Qué me obliga entonces a seguir amándola).

Ahora me resulta antipática, dice a menudo el pastor cuando ya todo el mundo se marcha del templo y queda a solas con su esposa de Marianao y agrega con más de cien ácaros encima: cuando habla está llena de pedanterías, de equívocos, lee demasiados libros de caballerías y de liturgias reprobadas, le llenan la cabeza de guarapo, hija de la apostasía, quiere confundir a los hermanos de la congregación, a los de menos estilo en el evangelio, y claro, a los recién llegados. ¿Querrá fundar su propia fe? Habla cosas inadmisibles, no están en La Biblia, son tal vez doctrinas que ha leído en estrofas satánicas, su mente lunática empieza a repetir cualquier idea que dé por cierta.

Y exactamente buscando el amplio repertorio de colecciones de la literatura esotérica, precisamente en volúmenes de versos complicados, ediciones de Lisboa, justo en esa búsqueda, llego a conocer a Linda Rosaura. Frank Karlos andaba investigando sobre una obra precisa, me dio las coordenadas en dónde podría hallarla, un camino que desde luego terminó en Rosaura, el galpón adventista le servía de fondo.

Estoy buscando un documento, no tengo muchas referencias, únicamente sé que ha sido escrito por uno de los hijos legítimos de Franz Leopoldo, príncipe Rackozy de Transilvania y educado por la familia Médicis en Italia, le dije cuando pudimos hablar. Ella me miró con mucho asombro, estábamos en el atrio del templo y se le ocurrió preguntar: ¿Cómo sabe de mí, quién es usted? Llevaba la indagación el matiz de simpatía que me resultaba tan necesario para no llegar a sentirme el ser fastidioso, el personaje sumamente absurdo, en oportunidades resulto hasta perjudicial cuando me acerco por primera vez a las gentes. Pero ella me admitió desde el principio, tener su sonrisa resultó mejor que tener la llave de la Barcelona. Me quité mi gorra Guillermo Tell y evidentemente me parecía a Federico Schiller, entonces le expliqué de cuál de las iglesias procedía mi triste figura (una iglesia fundada en Berlín sobre un plato de camarones) y

de qué modo me había enterado de su vida. A través de los diáconos de otras congregaciones mi padre supo que la hija de Mario Carbón poseía la larga lista de libros. Hasta el Consejo Ecuménico estaba avisado de los tesoros de los que disponía Linda Rosaura y en consecuencia el rumor llegaría incluso a quiénes en el Consejo de Estado atienden los asuntos religiosos y precisaban de seguro de bibliografías como estas para hacer estudios sociológicos. Por un momento pensé que venías del Arzobispado, no es la primera vez que me envían un monigote, dijo ella manteniendo el deje de cordialidad, luego agregó: resulta que el cacareo de las gentes se convierte en una exageración, no tengo grandes obras más que aquellas que heredé de mi abuelo Carbón de Montoya, un místico popular y generoso. Había inaugurado en el año 59 su propia Logia, levantada con un esfuerzo sobrehumano, piedra aceitunada sobre piedra aceitunada, como solo lo puede hacer un profeta y finalmente la perdió con el ciclón. Todos los libros quedaron para sus herederos en cien idiomas. Carbón de Montoya se largó para Méjico en la primera oportunidad y renunció a la vocación de místico. Cuando aprendí a leer y a escribir ya mis padres eran adventistas, una mujer del vecindario los había sugestionado, dijo que esta iglesia poseía la llave y la escalera, llave de oro, escalera de hueso. Entonces todos los libros del viejo Carbón de Montoya quedaron en un retiro de la casa, buen trigo para las polillas. Pueblo de Dios y pueblo del diablo, tribus que viven juntas en los mismos municipios, convirtiéndose todos en mulatos, y a nadie les interesaba estos libros, solo para alimentar un fuego que tanto se parece a la ciudad de Zaragoza.

Lo cierto fue que Carbón Montoya le había dejado la biblioteca conocida como La Alejandra, en talegas de más de quinientas arrobas. Se percibía en la simple conversación que Linda Rosaura era una esclava de la lectura y tenía muy gruesos grilletos en el tobillo. Conversaba con música en la voz, de modo que mi padre, con toda la sapiencia de Frank Karlos me había

prevenido: no te dejes engatusar por la cadencia en la palabra de las mujeres inteligentes. Ya había empezado el culto del sábado cuando ella me susurró al oído: Voltaire en una carta enviada a Federico el Grande le dijo: “Saint-Germain es un hombre que nunca muere y conoce todas las cosas.” Dominaba todos los idiomas europeos y podía también hablar y escribir árabe, chino, griego, latín y sánscrito. Ese es el autor del libro que buscas.

La brujería no es sino el mal uso de los poderes espirituales, los mismísimos que usamos para el bien, me dijo en cierta ocasión, citando al propio Saint Germán. Aquellas palabras me hicieron reflexionar. Durante muchos días me dieron vueltas en la cabeza. Al principio me pareció que hablaba demasiado, pero luego ya me fui acostumbrando, hasta que finalmente no pude prescindir de su compañía. Nos empezamos a ver más a menudo y yo les prestaba los libros que ahora usted contempla aquí, compañera Naomi, como ve, de igual modo por estos estantes se pueden encontrar cientos de tomos que llegan a ser títulos tentadores para quiénes conocen del tema, de modo que no es difícil establecer de súbito un intercambio de obras. Desde luego esta biblioteca no es tan popular como La Alejandra, no nos interesa ese tipo de publicidad, sin embargo poseemos tan buenos libros como los de Carbón de Montoya.

Y Naomi repasaba con la vista el título dorado de algunos libros e ignoraba la trascendencia de ciertos autores. Había examinado los lomos de las obras, gruesas como ladrillos de barro azul: Misterios de Santa Brígida, La Vida Secreta de María Laach Monastery, Las Iluminaciones de Sor María de Jesús Crucificado, La Ciencia Oculta de San Juan Bosco, El Fetichismo y los desordenes sexuales, Las Revelaciones del Abate Werdin d'Orante. Sería fascinador pedir quince días de vacaciones, olvidarse del mundo y sentarse en cualquier butaca o sobre este piso cuadriculado y echarse a leer

desde la mañana hasta las doce de la noche, como lo hacen los dementes, como tal vez entiende Pablo que es mejor. Seleccionaría cualquier escritura, lo mismo un estudio de contenidos velados que una comedia grecolatina, una tragedia lombarda, o quizás aquel libro desencuadernado de Jean Paul Sartre, lo tomó en las manos por azar, y al azar lo abrió y encontró Las Palabras, escritas en la página cincuenta: *Lo que acabo de escribir es falso. Verdadero. Ni verdadero ni falso, como todo lo que se escribe sobre los locos, sobre los hombres,* leyó ella muy rápido. Que bueno sería volver a este sitio. En todas esas cosas pensaba Naomi, justo ahora se sentía tentada a paladear otras buenas roscas de letras, *¡Qué suerte, va a nacer un hermoso verso!* mas recordó que estaba allí por el enojoso asunto de la muerte de Frank Karlos.

Naomi hacia tres meses que había iniciado una relación con un oriental, en principio imaginó que sería un noviazgo de espiritualidades por todo lo que parecía ser Pupis Alonso. Es extraño encontrar a un hombre con un cencerro, nacido en el contexto sociológico de Las Imías, Las Yateras, que se crió descalzo en Guaimaro y creció como Santo Pinocho para convertirse en doctor de cirugías de los órganos más pequeños del cuerpo. Era culto y limpio, pero luego de unas semanas de salir juntos le descubrió la inclinación hacia el alcohol lleno de jeroglíficos traicioneros. Naomi precisa de una vida tranquila, una que de buenas a primeras parezca la suerte completa. Cada vez que concurría por algún camino empezaba siempre con entusiasmo y luego no tardaba en aparecer las decepciones como jejenes, venían, la picaban por todas partes, se le llenaba la piel de ronchas y luego se iba llorando. Con Pupis Alonso ocurrió igual. Todo empezó muy bien aquel día cuando él trajo un ramo de flores a la puerta de la casa, unas flores de tramposa frescura, apenas las puso en el búcaro y se pusieron mustias, se volvieron casi de papel. Ese tipo no te conviene, dijo la madre de Naomi que es casi espiritista, pero ella no se dejó sugerir.

Pupis Alonso es de buena cara, cara chambelona, eso a ella le inspiraba mucho, principalmente ceguera. Ése piojoso no tiene nada que ver contigo, dijo la madre sin necesidad de consultar a los muertos, a ella le parecía que sí, que habría mucho tiempo por delante para percatarse que estaba confundida, que era una porfiada de remate. Ahora no quiero darme cuenta de eso, fue lo único que se le ocurrió responder a Naomi, se hace camino al andar, y hablaba con el corazón, pensaba con las emociones y no con la inteligencia, rehuía de toda lógica, por eso, decidió abandonar la casa esa noche. Al otro día amaneció en un apartamento que Pupis Alonso había alquilado en Santiago de las Vegas, hasta el sol de hoy su madre no había vuelto a saber de su suerte. Ahora estaba arrepentida de algunos pasos en falsos que logró dar en la vida, eran pasos irreflexivos, precipitados, no conducían a ningún sitio hacia adelante sino que sus curvas servían solo para retornar al punto de partida. Unas horas en una biblioteca como esta quizás le ayudarían a meditar, por medio de la experiencia de los iluminados se puede acomodar algunas de las ideas con gorgojos, al menos encontraría aquí el silencio para saber concretamente qué pretendía de la vida. La obra de algún filósofo sirve par eso, tal vez, o la escritura de un místico, o la letra de un médico, lo cierto era que debía tomar algún camino que por aconsejable produjera algún sentido práctico de bienestar.

A Pupis Alonso no quería volver a verlo ni en pintura, era un oriental de mierda como decía su madre, pero no lo abandonaba. Estuvo esperando un tiempo para ver si las cosas se componían mejor, o esperando un tiempo para no mostrar a su vecindario un fracaso tan pronto, apenas unas semanas y la luz se había convertido en suave oscuridad, estuvo esperando un tiempo, a fin de cuentas da lo mismo vivir en un alquiler en Santiago de las Vegas que en el Vedado, lo mismo en La Habana que en el Mississippi, en el Kilimanjaro que en el Estrecho de Magallanes, es la misma basura. Da lo mismo ser la esposa de Pupis Alonso que del mismísimo Pablo el Autista.

Cuando ahora vio a Frank Karlos en el sofá, de cierto modo envidó esa absoluta tranquilidad que se desprendía de su semblante, despedía olor a flores. Quién pudiera tener un final así tan bueno, cuando se ha vivido correctamente se adoptan esas poses simpáticas para extinguirse, sin una gota de arrogancia. Frank Karlos inspiraba paz más que otra cosa. Sin embargo la congregación había exigido la presencia de medicina legal en la muerte del predicador, querían hallar a toda costa el más imperceptible ribete de homicidio, el más pequeño globo de arsénico para culpar a alguien de algo tan horrendo como lo que puede significar la partida de rotundo misterio.

Todos se mantenían con los nervios en forma de tolvaderas. Es el embudo de la desgracia que nos ha tocado, presuponía Yanet, la más joven de las hijas. A los pocos minutos apareció en la escena la persona que le resultaba extremadamente repugnante, ni siquiera se dignó a dirigirle la palabra. Se trataba nada más y nada menos que de Linda Rosaura. Apenas se enteró de la muerte del predicador, salió corriendo a la calzada de 51, extendió la mano y detuvo un carro de alquiler ante sus pies. Quiero que me lleve a cualquier parte, le dijo ella al chofer y luego el carro la dejaba a una pocas cuadras de la casa de Pablo el Autista. Por el trayecto meditó que en verdad no lo amaba tanto como la gente suponía, a veces lo amaba por encima de esas suposiciones, a veces menos. Los sentimientos de amor pueden ocasionar grandes desarreglos, la cabeza puede convertirse de pronto en un calamar y quedar en el tórax, los pies se transforman en dos gorras sobre los hombros, el corazón terminará siendo una gallina y bajará a los riñones. Ella se sabía casi todos los cánticos del himnario de su iglesia de memoria, pero junto al chofer, le había dado por cantar de repente un bolero cualquiera de cariños reprimidos, de rotundas pasiones en un pozo, un bolero de Elena Burke. Cantaba muy bajito, pero el chofer la escuchaba y

el taxi los iba conduciendo por las concurridas avenidas como si supiera la ruta. Al chofer les agradaban los cantantes que se montaban en su carro y le hacían recordar su juventud con los boleros, pero solo si entonaban bien. Ese era el caso de Linda Rosaura, poseía la garganta perfecta, entrenada para hacerse famosa si un día lo decidiera. Tiene muy buenas piernas, pensaba el taxista mientras Linda Rosaura estaba en su mundo, absorta a todo cuanto acontecía a su alrededor. Imaginaba que Pablo iba a recibirla con un semblante que no tendría el leve indicio de tragedia, los hombres de su tipo desconocen la melancolía. En ocasiones su insensibilidad resultaba la muestra de cuán poca prosperidad encerraba su alma, su alma es un zapato, tendría que reencarnar quinientas veces para dejar de tener espirales tan primitivos en ella. Por más que Pablo el Autista parecía el hombre instruido, a partir de la lectura de cierta literatura mística, por más que se hubiese aprendido salmos completos, carecía de suficiente espiritualidad para agrandar a Dios. Era un individuo sabio, aunque las gentes pensaran que no le ajustaban bien los tornillos y los clavos, el cráneo no era de buena madera sino pino y le cayó comején a su sol volátil. Ella desconocía qué magia le inspiraba a seguir amándolo o desamándolo, qué le inspiraba a tener un camino común y unirse a la suerte de esta familia tan rara, de tan disímiles temperamentos, qué misterio hacía posible el hecho de permitir sus visitas, sus galanterías y piropos medievales. Escogió pésimamente, aunque de ningún modo admitía la angustiosa posibilidad de no volverlo a ver una vez más. Cómo nombrar semejante confusión sino corral. Eso se llama comer mucha mierda, dijo su padre Mario Carbón, fue una de las pocas veces que el diacono hablaba de esa forma. En parte debe tener la hebra de razón, se dijo ahora Linda Rosaura en el momento en que el taxis se detuvo debajo del semáforo del cruce de vías en La Liga Contra la Ceguera. Éste chofer es un cretino, pensó y recogió un poco las piernas, siguió con la mirada perdida hacia las nubes.

Cuando entró a la casa chocó con los ojos rencorosos de Yanet. Eso le provocó un efecto de total indiferencia. Para ella, Yanet solo era una mosca, la malcriada; tiene un carácter muy difícil, se dijo. Como había pronosticado, Pablo no daba muestras evidentes de tristezas sino de severidad. Los otros hijos del pastor desdeñaban la presencia Linda Rosaura, pero ninguno como Aramís o como Yanet. Incluso en un momento como este no podían evitar reacciones de gratuito resentimientos ni la cara como si hubiesen bebido purgante. Sol Cecilia ni la saludó siquiera, pretexto de no haberla visto. Todo este desdén hacia ella fue la causa de acritud que se atragantaba como un escarabajo en la segunda garganta de Pablo, hubiese querido tomar el martillo, cabeza de plata y terminar con los cristales de la casa de una buena vez e imponer su ley, pero aún gobernaban las decisiones de Frank Karlos. El predicador se había convertido en el eje de la familia. Era un hombre admirado y temido, ingredientes necesarios para establecer autoridad y traerla servida en tazas, quién no quiera de ese caldo se le sirven tres veces. Pablo lo odiaba y desde luego al resto del clan por acomodarse a sus mandatos, nadie le iba a la contraria. Al pastor le exasperaba que Pablo fuese diferente, aunque al mismo tiempo eso le trajo entusiasmo. No es el espantajo que aparenta, es un hijo con criterios y no siempre está equivocado, de él se pueden aprender muchas cosas, le expresaba en vida Frank Karlos a Sol Cecilia cuando Pablo no era Pablo sino Pablito haciendo piruetas encima de un plato, el adolescente rebelde. Parecía predestinado a erigir su propia iglesia que fundaría con un acordeón en la mano. Si no lo ejecutó esta misión fue por falta de dinero, por economía de carisma y según comentan por ahí, el Espíritu Santo no lo ayudó. Es lógico que no lo hiciera, Pablo mezclaba el evangelio con sus propios principios, resultado de la lectura de los libros esotéricos. Toda esta literatura sirve para tener la visión global de las filosofías de muchos pueblos, pero para nada más, le aconsejaba el padre al

hijo, no puedes aplicar ninguna de estas doctrinas a la teología de Cristo. Pero Pablito porfiaba que podía existir un nuevo camino, el elixir de la juventud podría estar en la sopa de almuerzo de la congregación, en unas doradas croquetas, solo había que encontrarlo en el laberinto de un caldero hondo, *examinarlo todo y retener lo bueno*, esto último se convirtió en la consigna del joven e hizo de la lectura el camino obligado a la herejía.

Linda Rosaura y Pablo parecían estar escogidos por la vida para establecer la unión inseparable de un matrimonio. Son tal para cuál, y eso era lo que más le molestaba a Frank Karlos, probablemente a los otros testigos de esta relación les ocurría igual. Sol Cecilia pensaba que su hijo iba a quedar solterón y de pronto se apareció con Linda, una chiquilla de mucho menos edad que la suya. Pero la distancia de edades no fue más que una diferencia contada por minutos, era casi un milagro, solo que él engañaba con el envejecimiento prematuro y Linda con el resplandor de muchacha fresca, sonrisa de colegiala y se hacía por costumbre unos peinados de moños infantiles. Pablo arrastraba en las puntas del cepillo las canas que de repente, fuera de su cabeza se convertían en muelles. Se miró en el espejo e hizo la gran pregunta, en qué se estaba convirtiendo de pronto, no había reparado en la metamorfosis que empezaba a sudar, llegaría a transformarse en el espantapájaros, igual que un Frank Karlos cualquiera encima de los sarmientos, por ese camino que iba llegaría el hijo a ser más viejo que su padre. Qué horror, se dijo Mario Carbón para sí, lamentaba que con tantos jóvenes asistiendo a los cultos sabáticos del templo adventista, con las mejores camisas de mangas largas, los zapatos más limpios, buscando las mujeres más decentes de La Habana para fundar una dinastía, las más trabajadoras hembras, ponedoras de grandes sorpresas en el nido, las que son, gracias a la corrección de La Palabra, la pundonorosas hijas de Jehová, Linda Rosaura por antojo desaprovechaba las oportunidades.

Naomi se percató de que entre Aramís y Linda Rosaura se había entablado la mirada tensa. Parecía un odio que luego no tendría arreglo. Ocurrió en ese momento lo que no estaba previsto con tiza en ninguna pizarra, a ningún ángel se le hubiese ocurrido predestinar un suceso semejante, nadie hubiese imaginado y hasta la mismísima Sol Cecilia llegó al discernimiento de que los hijos suelen ser como las cajas de música, llenas de sorprendentes acordes, corcheas rotas, que mueven a los asombros más enloquecedores, y entonces ante el anonadamiento de toda esta tribu, Pablo el Autista, sin poder contenerse más, se desplomó en si mismo, cayó en el piso y empezó a llorar por su padre. Nadie sabe lo que otro guarda por dentro, pensó Aramís, de haberlo adivinado hubiese sabido que justamente por dentro, en el carapacho del corazón de su hermano, se habían abierto las lentas heridas, rajaduras que parecían la raíz dibujada, que derivaron en un dolor muy fuerte en el pecho. Linda Rosaura corrió de inmediato hacia él, alguien se le ocurrió traerle un vaso de agua y un abanico con un halcón maltés pintado. Naomi vino a reconocer de inmediato a Pablo. Sol Cecilia dejó por un momento de pensar en el muerto, se lanzó a su hijo con un pañuelo para secarle las súbitas sudoraciones, *Dios mío, porque no has abandonado*. Naomi para no armar revuelos de palabras dijo como si fuera la excelente actriz de la secuencia: no es nada, pero mejor lo llevamos al cuerpo de guardias. Otro de los hijos sacó el carro del garaje y acomodaron a Pablo en los asientos traseros. Linda Rosaura estaba histérica, de modo que Yanet dijo muy suave: qué teatro. El carro salió como una ambulancia, con el claxon hecho una charanga de trompetistas locos. ¿Cuál es la causa de muerte de Frank?, preguntó a Naomi, en ese preciso momento, uno de los presbíteros de la congregación. Esperaban el dictamen con impaciencia y ya no pensaban ni hablaban de otro asunto más que de ese. Poco les importaba la suerte del Autista. Mi colega dará el criterio, dijo Naomi con

aspereza, y se refería al otro doctor enviado por medicina legal quien aún seguía examinando a Frank Karlos en el sofá con estilo cangrejo.

El doctor Ortiz de Chambas se apareció al poco rato, después de estar casi una hora a solas con el muerto. Yanet despertó de su letargo, de no haberse marchado Aramís para la custodia de Pablo hubiese sentido el perverso escalofrío que produce la bata de un médico en estos casos. Sol Cecilia estaba con la presión por las nubes, con ganas de salir corriendo y no parar hasta después de diez años. Entonces el hombre de Chambas expuso con cierto aire de triunfo: manden a buscar a la ambulancia con urgencia, Frank Karlos todavía vive, se está librando de la buena catalepsia y retorna, le queda una llamita, una simple brasa que si se trata con cariño puede convertirse en un fuego otra vez.